JACINTA.

Artículo histórico dedicado al señor Nepomuceno J. Navarro.

El señor don Pedro Messía de la Cerda, al encargarse del mando en el Vireynato de la Nueva Granada, trajo en su compañía al sabio sacerdote José Celestino Mútis, que tantos servicios prestó á su nueva Patria y fundó, para eterna gloria suya, la célebre Expedicion Botánica, que fué creada despues, en 1803, bajo los auspicios del Arzobispo–virey.

El gallardo Ezpeleta nos trajo al habanero Manuel del Socorro Rodríguez, nuestro primer bibliotecario, amigo tierno de las letras en Colombia.

De la inmortal Expedicion Botánica brotaron varios círculos literarios, y entre ellos la Sociedad *Eutropélica*, á cuya cabeza brillaban dos popayanejos: el festivo Rodríguez y el célebre improvisador don José María Valdez. Este círculo se reunia en la Biblioteca nacional, y su alma era el bibliotecario don Manuel del Socorro Rodríguez.

Figuraba tambien en aquel círculo otro popayanejo notable, don José María Gruesso.

Corria el año de 1794. Los principales miembros de la Eutropélica habian invitado á pasar un dia contemplando los paisajes del salto de Tequendama al distinguido jóven Gruesso, que despues de graduarse de abogado, estaba á punto de tomar una esposa en Bogotá, para regresar al Cauca. El dia habia llegado: las cargas habian partido y un soberbio castaño de la sabana esperaba en el patio de su casa al doctor Gruesso.

En dónde estaba éste? Vamos á verlo.

II

Doña Jacinta Tenorio, encanto de sus padres, don Fabian y doña María, que la amaban como á las niñas de sus ojos; orgu-

llo del bello sexo santafereño, era una amable beldad de 17 abriles. Su enhiesto tronco, tierno y flexible aún, se alzaba como un fresco lirio, que halagan las auras y calienta el sol con sus más suaves rayos: ojos negros; labios de grana, con una dentadura, que en vano hubieran querido imitar en nuestro tiempo Capella ó Chambers; cabellera, que al soltarla de seguro le llegaria á las corvas y la cobijaria como un manto de sarga tegido en Damasco.

Y ahora, su voz.....oh! su voz parecia formada con las notas más deliciosas y más hábilmente buscadas para bajar al fondo del corazon de quien la oia.

Llevaba unas lindas chinelas de raso, un traje blanco, sin cola por supuesto, que entónces no se usaba, y un pañolon azul con flores de oro. Qué linda! oh! qué linda y relinda estaba así! Figúrense ustedes, de novia, y novia de todo un doctor buen mozo, jóven, rico, querido de todos. Si la alegría del corazon es una belleza más en el rostro, cómo estaria Jacinta!

No les provoca á ustedes conocerla? Bien pueden entrar conmigo á su retrete: don José María no es celoso y sus padres se regocijan de que todos miren y vuelvan á mirar á su linda hija.

Serian las dos de la tarde, hora en que los santafereños dejaban ya la apacible siesta.

El doctor Gruesso, contento, feliz, dichoso, penetró al recinto donde vivia su novia.

Pasó los corredores, en cuyas barandas se regocijaban las rosas, los claveles de cien colores, las olorosas azucenas y las simpáticas trinitarias.

Tocó por fin al recinto de Jacinta, dulce retrete, tan perfumado, tan oloroso como un pedazo del Eden.

No habia allí sino un pequeño sofá de filipichin de seda roja, con algunos asientos de lo mismo, todos con su cornisa dorada y sus patas redondas, de mano de tigre tambien doradas.

En una pequeña mesa habia una taza de porcelana con un fresco ramillete, y en la pared del frente, una preciosa Vírgen pintada por Vásquez, tan celestial, tan apacible, tan dulce, que parecia derramar sus virgíneos reflejos sobre la figura encantadora de Jacinta.

A un lado estaba doña María, algo entrada en años ya, pero que dejaba ver en su madura belleza que era por cierto digna madre de su hija.

Doña María estaba triste.

Jacinta estaba pálida y como adolorida.

Al entrar el doctor Gruesso, pareció reanimarse y una sonrisa virginal doró sus frescos labios.

El doctor Gruesso tenia una hermosa figura, alto y airoso cuerpo, negros y brillantes ojos y un bigote color de asabache, que complementaba su varonil hermosura.

Saludó cortés, y más que cortés respetuosamente, tomó asiento y añadió:

—Sólo vengo por unos cortos momentos: los amigos están esperando, el caballo está ya enjaezado.

—Conque nos deja! dijo Jacinta con un aire triste, muy triste, como si el Salto quedara á 50 leguas.

—Y estoy contento, repuso; sólo siento que sea paseo de hombres solos. Con ustedes, qué dulce seria ese paseo! Pronto lo haremos, no es verdad?

Jacinta suspiró tristemente.

Doña María repuso:

—Ay, doctor! No se puede usted figurar! Si esta niña, no lo crea, tiene un corazoncito.... Desde anoche está indispuesta y no sabemos qué hacer.

—Pues, si mi viaje es la causa de ello, gracias á Dios, dijo el doctor, que el remedio es fácil; me quedaré, me quedaré muy contento. Por desgracia, el paseo es dedicado á mí.

—Oh! no! no tema usted, dijo Jacinta dulcemente, esta indisposicion me pasará pronto. Al contrario, que se divierta usted despues de tanto trabajo, tanto estudio.

—Por lo ménos les prometo que pasado mañana temprano estaré aquí.

Doña María suspiraba, como á impulso de algun temor.

Jacinta no pudo contenerse y exclamó:

—Sabe usted, doctor Gruesso? Anoche tuve un sueño muy triste. Soñé que usted se iba y que no nos volveriamos á ver.

—Usted cree en sueños, Jacinta? Dentro de un momento le probaré cuán falsos son y cómo no debe creerse en ellos.

Adios, adios! Me están esperando: Que la encuentre tan linda como siempre y más alegre que hoy!

Tendió las manos á las dos señoras, cogió su sombrero y al salir, hizo á las damas una inclinacion tan galante como un duque.

Pasaron algunos momentos. Las damas se habian quedado calladas y pensativas.

De repente se oyeron pasos en el corredor: entró de nuevo el doctor Gruesso alegremete, y dijo:

—Ya ve, Jacinta, lo que son los sueños? Usted me ha vuel-

to á ver! conque fuéra tristèzas y adios, yo les traeré recuerdos del Salto.

Una partida de jóvenes condiscípulos de Gruesso formaban la comitiva y marchaban á reunirse en Tres Esquinas, para no turbar con tan ruidosa cómparsa las calles silenciosas de Santa Fe.

Cuando llegó Gruesso, el único que faltaba, manifestaron todos su contento, hasta los caballos del paseo, que comenzaron á relinchar y á piafar.

Los estudiantes, que eran pocos é iban en general, como se se dice en términos de escuela *regados*, abrieron carrera á sus mochos. Era ya bastante tarde, y con las primeras luces del ocaso, llegaron á Soacha.

Allí dieron un paseo á pié al rayo de la luna y regresaron, llamados por la esperanza de la cena, que era la mejor campana para una comunidad de colegiales.

Muy buena habia de estar aquella si hemos de juzgar por la gracia y buen humor con que la hicieron desaparecer, junto con unos bizcochos de la Cantera, comparables por cierto á aquellos que el filósofo se engulló en la memorable mesa de Moratin:

"Leves bizcochos y doradas tortas."

No faltó quien supiera rasgar una bandola, ni quien acompañara con el canto de amorosas composiciones, ni quien hiciera reir *à gorge deployée* con historictas llenas de sal y pimienta.

El hecho es que los buenos colegiales apénas á média noche empezaron á cabecear, y los criados á abrir almofrejes y á preparar camas.

A pocos momentos, todos dormian á pierna suelta.

Al doctor Gruesso le costó trabajo cerrar los ojos, ocupado como estaba su pensamiento con la llorosa imágen de Jacinta. Al fin quedó sumergido en un sueño fatigoso, molesto, insufrible. Veíase entre unas ondas azules, surcadas de rayos, que se abrian para tragarle. Iba ya á hundirse, cuando su novia se presentaba á serenar la borrasca. Luégo la veia á ella hundirse, desaparecer, volver á mecerse en las ondas, y así iba girando dolorosamente su imaginacion en un mar desolado y sombrío.

Con el primer rayo de la aurora salió á la calle: el fresco de la mañana y el color de los cielos que la aurora alumbraba,

alejaron de su imaginacion los fantasmas de la noche. Es decir, que fué el primero en montar á caballo con direccion al Salto, y su hermoso caballo el que primero estampó su robusto casco en el *Almorzadero*.

Aquel es el lugar donde es preciso dejar las caballerías, y allí se celebra ordinariamente el almuerzo. Un corto espacio cubierto de musgo, rodeado de altos árboles en que cantan las avecillas y cuya cúpula azul es el firmamento. Al rededor se amarran las caballerías que relinchan fervorosas como animadas por la belleza del cuadro, al ruido solemne y majestuoso de las vecinas aguas despeñadas. La mesa se sirve al centro, y al rededor remolinean los criados con ruana y zamarros, unos destapando el hervoroso Champaña, el dorado madera, otros distribuyendo los pavos y los jamones, las frutas y los dulces más exquisitos.

Concluido el almuerzo, es preciso empezar la bajada á pié, y allí son los lances de los mancebos, que ora cortan la rama que ha de servir de apoyo á sus compañeras, ora les presentan el brazo ó les alargan alguna florecilla de las que á la vera del camino se asoman.

Qué feliz seria yo! decia entónces el doctor Grueso, si viniera Jacinta á mi lado! Con qué gusto le serviria yo de apoyo! Y ahora!.....tal vez estará pensando en mí. Con ese pensamiento cogia flores silvestres, que se hacia la ilusion de presentarle.

De repente vió á sus piés el magnífico espectáculo. El Funza traia por entre grandes piedras sus inquietas ondas de agua, que á sus mismos piés se lanzaban al horroroso abismo en témpanos de nieve, en madejas azules, en vetas rojas como púrpura, en vellones de nieve y oro, atropelladas, incansables, tronantes como la voz de un cañon gigantesco.

Bien habian descrito la catarata sus condiscípulos Ulloa y Salazar, sinembargo qué léjos estaban de la realidad! Ni cómo imitar con la pluma ó los pinceles, aquel hervor, aquella vida, aquella grandeza de tan sublime espectáculo!

Allí junto á la hoya inmensa destaparon las botellas y celebraron un almuerzo suntuoso que no habian querido celebrar en el Almorzadero y en que no faltaron los bríndis, las anécdotas y hasta los versos de circunstancias.

El vino aumentó más y más el buen humor de los alegres jóvenes. Cantaron y tocaron al són de la vihuela; echaron bríndis fervorosos, narraron mil historias, género en que sobresalian.... Pasaron en seguida á contemplar la cascada por el lado del frente, punto desde donde se ve completamente, aunque aparece ménos grande y ménos imponente.

Cuando volvieron al Almorzadero, era ya tarde y se veian precisados á continuar la fiesta en Soacha; que los estudiantes no se fatigan por poca cosa.

Al rayar el alba, les dijo el doctor Gruesso:

—Ahora dormid, amigos, que la mañana está helada. Yo parto; porque ya sabeis que palabra de estudiante no puede faltar. Ademas, tengo negocios urgentes relativos á mi grado.

En seguida bajó al patio, tomó su caballo y lo puso al galope.

III

El toque de oraciones sonaba en los campanarios de Santa Fé, cuando los estudiantes, bien molidos y cansados, llegaron á sus casas.

A esa misma hora, el jóven Gruesso iba á salir de su cuarto.

Envolvióse en una rica capa de San Fernando y emprendió marcha, á cumplir con su palabra y á tranquilizar á la primorosa niña, prometiéndose contarle todos los incidentes del paseo con sus románticas impresiones.

Llegó á la calle de la Carrera, donde vivia la familia de Jacinta, y todo estaba ya desierto en balcones y ventanas, sintiendo estuviese ella esperándole, aunque temiendo no hubiese seguido su indisposicion.

Vió con sorpresa al llegar al porton, que las puertas estaban abiertas. Subió al corredor....estaba solitario.

Tocó á la puerta del retrete de Jacinta....silencio! Pasó por junto á la sala, y por un movimiento irresistible pasó derecho y tocó en las aposentos de los padres de Jacinta..Nada!.. nada!.. Silencio sepulcral. Entónces corrió á la puerta de la sala, alzó la mampara, abrió la puerta, miró al centro, y allí mismo en el dintel quedó petrificado, sin lanzar un ay! sin hacer una pregunta.

Oh Dios! oh Dios! En el centro estaba Jacinta, muerta! sí, muerta repentinamente la noche siguiente á la partida de su novio al Salto.

Aún parecia vivir, fresca, linda como una camelia escogida; risueña, como deben estar siempre los ángeles.

Al lado estaban sus padres, con la cabeza doblada bajo el inmenso dolor, que ni les dejaba derramar una lágrima.

A su entrada alzaron ámbos la cabeza y

—Qué es esto! exclamó el doctor.

—El Señor nos la habia dado, exclamó el virtuoso anciano, el Señor la ha quitado! Bendigamos sus decretos y roguemos por ella!

IV

Un lector. Sabe usted, señor Borda, que aquí no estamos todavía tan atrasados?

—Y usted, señor lector, no podria decirme qué tiene que ver eso con Jacinta?

—Pues quiere decir que aquí tambien hemos leido los romances de Saavedra duque de Rívas, en que figura Jacinta.

Ya lo preveia Vergara, cuando aludiendo á este episodio, decia: "no hay novela nueva, todo ha sucedido: la imaginacion no alcanza á la realidad." Este hecho no pasó en Turquía, sino en Bogotá, donde lo supieron y presenciaron millares de personas á principios de este siglo.

—De manera que el duque de Rívas lo supo y lo puso en verso en su *Vuelta deseada?*

—Así lo creo.

El doctor Eusebio María Canabal fué amigo de confianza del duque. Como aquel anciano habia sido testigo presencial, lo contaria á don Angel Saavedra, quien encontró el asunto propio para ejercitarse en él y escribió su romance, dejando su propio nombre á Jacinta.

Para mí es este un hecho indudable. Yo no creo en tamañas casualidades.

Espero, pues, que el lector quedará satisfecho. Ahora sigamos.

El doctor Gruesso, estupefacto, lívido, no se movia. Conoció que su carrera estaba truncada; que su dicha en el mundo habia terminado, y en aquel mismo instante se volvió á Dios. En ese mismo instante se alejó de la casa de Jacinta y se fué al Seminario, en donde empezó al dia siguiente sus estudios de teología, resuelto á ordenarse de sacerdote.

A los dos años regresó al suelo nativo y vivió "triste hasta la muerte."

El Obispo, don Salvador Jiménez le rodeó de consideraciones y de afecto y le nombró Canónigo de Popayan.

El doctor Gruesso escribió "Las noches de Gueussor," á imitacion de las noches de Young, en 32 cantos de los cuales sólo tres se conservan.

Escribió tambien las "Lamentaciones de Puben," de las cuales se conserva un canto; varios discursos académicos que pronunció en la Universidad de Popayan, y tradujo "Los Sepulcros" de Hervey.

Escribió tambien cuatro preciosos "Himnos para las escuelas" y una elegía en la muerte del señor D. José María Mosquera, que comienza con estos versos, revelacion de su dolorosa vida:

"Un suspiro me queda...yo lo exhalo
Sobre el sepulcro do Mosquera yace."

V

Cargado de años, de virtudes y de dolores, el novio de *Jacinta* subió por fin al cielo el 12 de Mayo de 1835, dejando en Popayan como recuerdo, el *suave olor de sus virtudes.*

JOSE JOAQUIN BORDA.

LA BRUJA.

Al señor Eusebio Hernández Tórres.

Eran las cinco de la mañana de un domingo de mayo. La Aurora acompañada de su séquito de dioses y diosas....pero, señor, ¡qué manía de andar siempre á vueltas con Febo, y la Aurora y los dioses!....Digamos lisa y llanamente que los gallos que cantaban en los gallineros, y las vacas que bramaban en los corrales, anunciaban á los habitantes del pueblo de N...que ya era de dia, y abur!

Un hombre ebrio, de talla mayúscula, con un garrote debajo del brazo, guardian seguro de las garantías individuales, y una bandola en las manos, haciendo más figuras y círculos con los piés, que trazos sobre el tablero un estudiante de Geometría,